

importa que el historiador Ricardo de Poitiers, monje de Cluni, no le considere como un mártir de la fe.

Antes de ponerse en camino había el duque realizado el acto político más importante de su vida entera. Manifestando su última voluntad á sus barones, les había recomendado que casaran á su hija mayor, Alienor, con el hijo del rey de Francia Luis *el Gordo*. Por vez primera la suprema voz de un príncipe feudal llamaba á la dinastía capeta á heredar un gran señorío; prueba decisiva del progreso de la monarquía bajo Luis VI *el Victorioso*.

Tiempo es de que entre el rey en escena y de que se sepa cómo esta potencia, tan largo tiempo relegada á la sombra por el feudalismo y la Iglesia, se vió de pronto engrandecida.

## CAPÍTULO V

### EL DESPERTAR DE LA REALEZA. LUIS «EL GORDO»

I. Luis *el Gordo* y los castellanos de la Isla de Francia.—II. La acción de Luis *el Gordo* en los grandes feudos.—III. Luis *el Gordo* y la monarquía anglo-normanda.—IV. Luis *el Gordo*, su clero y su burguesía.—V. Prestigio de la realeza capeta.

#### I.—Luis «el Gordo» y los castellanos de la Isla de Francia (1)

Con Luis VI, rey de hecho después de 1100 y de derecho desde 1108 (3 de agosto), se manifiesta algo de nuevo en nuestra historia. La desproporción que existía entre la superioridad del título regio y la debilidad real del rey comienza á disminuir. Concentra la monarquía su acción en más reducido espacio, limita su papel de potencia general y hasta toma por un tiempo el aspecto de un señorío local. Pero gana en fuerza lo que pierde en extensión. Activa y despierta, alcanza por primera vez el prestigio que corresponde no sólo á la majestad de la jerarquía y á la gloria de los recuerdos, sino al valor personal, á la fuerza desplegada y á los éxitos obtenidos. Bajo Luis VI, fundador de una tradición que debía sin interrupción transmitirse á través de los siglos, comienza la evolución inmensa que acabará en los tiempos de Luis XIV.

No se posee retrato alguno de Luis *el Gordo*: ninguna de las figuras esculpidas ó pintadas á las que se ha querido poner su nombre representa el personaje. Es preciso contentarse con los pocos detalles proporcionados por las crónicas: un hombre corpulento, de alta estatura, de figura agradable, pero con ese tinte descolorido que algunos contemporáneos atribuyeron al veneno de su abuela Bertrada. A los cuarenta y seis años, su obesidad le impedía ya montar á caballo. Gran cazador, gran gastrónomo, tuvo, como su padre, una juventud muy agitada y sólo se decidió á casarse hacia los treinta y cinco años, cediendo á los reproches insistentes de los amigos de la dinastía y de los obispos. A creer á Ivo de Chartres era ya tiempo de que el matri-

(1) FUENTES.—*Historiens de France*, tomos XII y XIII, de Aug. Molinier, edición de la *Vie de Louis VI le Gros*, por Suger, 1887.

OBRAS DE CONSULTA.—Luchaire, *Louis VI le Gros, Annales de sa vie et de son règne*, 1890. Thompson, *The development of the French Monarchy under Louis VI le Gros*, 1895.

monio viniera á corregirle. Casó (1115) con Adelaida de Maurienne ó de Saboya, sobrina del papa Calixto II, mujer muy fea, que le dió nueve hijos, entre ellos seis varones. El porvenir de la dinastía estaba asegurado.

Era este rey bastante humano, muy sencillo en sus maneras, con una placidez natural y más lealtad de la que correspondía á la moral del siglo. Habiendo tenido el poder en sus manos hasta en vida de su padre, jamás lo aprovechó para rebelarse y anticipar violentamente su herencia, como lo hacían tantos príncipes feudales. Fué paciente hasta el heroísmo con su madrestra Bertrada, que hizo morir de pena á su madre después de haberla suplantado y que intentó suplantarle á él mismo para substituirle con su propio hijo. Era generoso.

Se le ha acusado de gustar demasiado del dinero: «En 1137, dice un cronista, murió el rey Luis, conocido por su codicia: dió una vuelta á París y arrojó grandes tesoros.» Atesoró, en efecto, como lo hará Felipe Augusto y quizá por la misma razón, ya que las necesidades de su política exigían gastos desproporcionados con sus recursos señoriales. Su avaricia se manifestó á veces con cinismo, como en el negocio de la municipalidad de Laón. Los consejeros que le rodearon mostraron todavía menos circunspección: su venalidad era notoria. No fué este el principal vicio de su gobierno. Tuvo este soldado, sobre todo, la desgracia de no ser un político y de ceder demasiado fácilmente á las influencias de la corte. Excepto al final de su vida, no supo escoger los hombres y se confió á favoritos que su debilidad permitía obrar hasta que se veía obligado á detenerlos bruscamente. La historia de Esteban de Garlande es un curioso ejemplo de esas revoluciones palaciegas.

Simple clérigo de la iglesia de París, elevado por el favor del amo á las más altas funciones eclesiásticas y civiles á la vez, archidiácono de Nuestra Señora, canciller y senescal de Francia, acumulando además una multitud de beneficios inferiores, este personaje dominó al rey y á la monarquía durante veinte años (1108-1127). Inteligente y activo, se dedicó sobre todo admirablemente á hacer su negocio y el de su familia. Llegó á acaparar para sí mismo ó para los suyos todos los grandes cargos de la corona, á dirigir al mismo tiempo la capilla, el palacio y el ejército. No era, sin embargo, de los que se imponen por la superioridad del talento y del carácter; no poseía más que su rapacidad inmensamente osada. Ivo de Chartres le acusa de «iletrado, jugador y mujeriego.» Esto no habría bastado á desacreditarle más que las envidias y los odios provocados por su fortuna, si no hubiese tenido la desgracia de disgustar á la reina Adelaida y de entrar en lucha con el partido reformista. Atacado por una parte por la reina y por otra por San Bernardo, hecho sospechoso al rey mismo cuando pretendía hacer de su cargo de senescal un feudo hereditario transmisible al marido de una de sus sobrinas, cayó de repente víctima de un golpe de Estado (1127). Arrojado de pronto de palacio, despojado no sólo de todos sus cargos, sino también desposeído violentamente de todas sus propiedades, fué tratado como un enemigo público. Una guerra de tres años entre el rey y su antiguo favorito siguió inmediatamente

á esta catástrofe. Luis *el Gordo* fué el vencedor; pero siempre bueno, perdonó y hasta restableció á Esteban de Garlande en las funciones de canciller. No recobró éste, sin embargo, su pasada influencia. La dirección suprema de palacio había pasado á otras manos (1132).

Vióse entonces aparecer diariamente cerca del rey para decidir sobre los negocios más importantes del orden religioso y hasta del político al monje Suger, administrador de la abadía real de Saint-Denis, un advenedizo también, de humilde nacimiento, pero que no se había elevado sino por la estimación pública y la sola fuerza de su mérito. Tuvo esta vez Luis VI mano feliz. Encontró un ministro desinteresado que, sin título oficial, no trabajó sino por la monarquía. Estudiaremos más tarde esta gran figura cuando aparezca en todo su esplendor, bajo el reinado de Luis VII, y sobre todo, durante la segunda cruzada. Al final de la vida de Luis *el Gordo* no se hizo sentir la acción política de Suger, ó por lo menos no aparece indicada en la historia sino en los acontecimientos de orden secundario. Tenía por colaborador á otro consejero influyente, encargado principalmente de la dirección del ejército, Raúl I, conde de Vermandois, alto barón y primo hermano del rey. Este capeto de la rama más joven, muy bravo y muy afecto también á la dignidad real, secundó valientemente á Luis en su lucha con los enemigos de dentro y de fuera y contribuyó en mucho al éxito final. Más abajo se agrupaba alrededor del príncipe un personal de clérigos experimentados, al corriente de los asuntos judiciales y financieros, y de caballeros dispuestos siempre á alistarse bajo la bandera del amo. Desembarazada la corte capeta de los elementos feudales que la entorpecían, ofrecía, en fin, á la dinastía el instrumento de poder que hasta entonces le había faltado.

Para devolver su rango á la monarquía era preciso que el jefe de la dinastía tuviese dinero y soldados; y la primera condición para obtenerlos era aumentar el dominio, la propiedad directa del soberano. Luis *el Gordo*, siguiendo la tradición de su padre Felipe, usó de todos los procedimientos de adquisiciones territoriales. Compras, permutas, confiscaciones, conquistas, todo le pareció bueno para convertirse en el mayor propietario de la Isla de Francia. Estaba, por desgracia, esta tierra del rey erizada de fortalezas pertenecientes á rapaces castellanos, señores independientes de hecho, que los capetos del siglo XI habían dejado arraigar. Quemar y asolar los torreones, redimir las ciudades y las abadías, restablecer las comunicaciones entre los prebostazgos del dominio, dispersar los ladrones, permitir, en fin, al campesino labrar, orar al monje, circular en paz por los caminos del país al comerciante y al peregrino: tal fué la empresa de saneamiento y alta policía que realizó Luis *el Gordo*. He aquí su obra maestra, la que le hizo popular y de la que le corresponde todo el honor, tarea tanto más ruda cuanto que los tiranuelos de la Isla de Francia jamás se batieron solos. Tuvieron la audacia de hacer causa común con los grandes señores y los reyes más hostiles á los capetos. Algunos de ellos fueron adversarios peligrosos; basta citar á Hugo del Puiset y Tomás de Marle.

Descendía el primero de una estirpe feudal que contaba entre sus altos hechos la bochornosa derrota infi-

gida á Felipe I y el aprisionamiento de Ivo de Chartres. Situado en las ricas planicies de la Beauce, «devoraba, según la enérgica expresión de Suger, todas las tierras eclesiásticas del país» y se burlaba de las comuniones. Cuando, en 1111, las víctimas de esos bandoleros se reunieron en Melún para implorar la justicia del rey, el conde de Chartres, el arzobispo de Sens, el abad de Saint-Denis, el arzobispo de Chartres, el obispo de Orleans, los abates de Fleuri, de Saint-Aignan, de Saint-Père de Chartres, de Saint-Jean-en-Vallée, comparecieron entre los agraviados. Pero sólo los poderosos se atrevieron á quejarse: la multitud de los oprimidos humildes sufría en silencio. Tres veces fué sitiado el castillo del Puiset, tomado y quemado por las tropas reales. Hugo, puesto á peregón, despojado solemnemente de sus posesiones, hasta encarcelado en la torre de Château-Landon, no se dió jamás por vencido. Puesto en libertad bajo juramento, levantó de nuevo este bandido cínico y despreciable sus torreones; concertó alianza con los enemigos del rey y recomenzó sus hazañas de malhechor. Suger le comparó «á un perro rabioso á quien los golpes y la cadena exasperan y que muere y desgarrá cada vez con más rabia á cuantos tienen la desgracia de encontrarle.» Batido por última vez en 1118, tuvo el placer, antes de sucumbir, de traspasar de una lanzada á un favorito de Luis *el Gordo*, el senescal Anseau de Garlande, cuya pérdida lloró mucho tiempo el rey. Como tantos otros criminales de aquel tiempo, acabó por encontrar la muerte en un viaje á Tierra Santa, donde buscaba la absolución.

Hugo del Puiset es el tipo del barón devastador: Tomás de Marle personifica los excesos más odiosos del régimen feudal, verdadera fiera cuya refinada crueldad asombró á sus contemporáneos. Guiberto de Nogent habla con espanto de su ingenio para inventar nuevos suplicios y del placer con que atormentaba á los indefensos, al labrador sin armas, ó al cautivo encadenado. «No es posible imaginarse el número de los que hizo morir de hambre en sus prisiones, los que sucumbieron á los tormentos ó la podredumbre; era el terror de todos sus vecinos y de su propio padre, Enguerrán de Couci, con el que no cesó de sostener guerra. Proporcionó asilo á los burgueses de Laón que habían dado muerte á su obispo, é hizo ahorcar á su propio pariente el archidiácono de Laón, Gautier. Los tribunales de los arzobispos, de los obispos, de los abades, los concilios provinciales y generales y el tribunal del rey le lanzaron innumerables anatemas. Todos los domingos era excomulgado en todas las parroquias del país. Inaccesible en el fondo de sus castillos protegidos por espesas selvas, se burló de clérigos y laicos durante cerca de treinta años.

En 1114 fué preciso que el legado del papa, Conón, obispo de Préneste, organizase contra él una verdadera cruzada con promesa de indulgencia ó de absolución para todos los que tomaran parte en ella. Luis *el Gordo* se puso con su acostumbrada energía en campaña; pero los señores, menos entusiastas, no le enviaron sino insignificantes refuerzos. Debió, pues, operar principalmente con las milicias parroquiales que mandaban los obispos y los curas. Despojado de dos de sus castillos, fué obligado á indemnizar al rey y á las iglesias, castigo bien suave para un bandido tantas veces condenado.

Apenas hubo desaparecido el ejército real, comenzó de nuevo á aterrorizar el país y continuó haciéndolo aún durante quince años. No se decidieron á reducirle por la fuerza hasta 1130, cuando Raúl de Vermandois, enemigo personal de Tomás de Marle, usó de su influencia cerca de Luis *el Gordo* para hacer organizar de nuevo una expedición que los obispos reclamaban á gritos. Pudo esta vez la justicia humana estar satisfecha. Fué el bandido perseguido hasta en Couci, herido mortalmente y llevado cautivo á Laón. Sufrimientos, amenazas, súplicas, todo fué inútil para arrancar á ese moribundo la orden de poner en libertad á los comerciantes que había encerrado en sus calabozos.

Afortunadamente para Luis *el Gordo*, los bandidos del dominio real no eran todos de ese temple: no fué preciso menos, para reducirlos, de treinta y cuatro años de incansables guerras (1101-1135). La gran abadía capeta de Saint-Denis, tan próxima á la capital, debía ser la primera en aprovecharse de la energía del nuevo rey. Para protegerla batió sucesivamente á los señores de Montmorenci y de Beaumont (1101-1102). Los canónigos de Beauvais obtuvieron la destrucción del castillo de Mouchi (1102). En Noyón respiró el clero cuando las tropas reales hubieron vencido la fortaleza de Quierzi-sur-Oise, odiosa á los rústicos de las inmediaciones. Para substraer las abadías de Reims y las iglesias de Laón á las persecuciones de los señores de Couci y de los condes de Rouci, repasó Luis muchas veces las llanuras del Oise y del Aisne, talando la tierra de Eble de Rouci (1102), restituyendo Péronne á sus parientes del Vermandois (1109) y arrebatando la torre de Amiens á sus castellanos y el condado de Amiens á Enguerrán de Couci (1137). La región del Norte no fué, empero, definitivamente pacificada sino después de la última campaña dirigida contra Tomás de Marle (1130). Fué todavía necesario que el rey de Francia arrancase por la fuerza (1132) á la viuda y á los hijos del bandido los despojos de los aldeanos robados y de las iglesias entradas á saco.

El lozano y accidentado país que se extiende sobre la margen izquierda del Sena, las rientes vegas de la Mauldre, del Eure, del Yvette, del Orge y del Essonne dieron á Luis *el Gordo* más quehacer que todo el resto del dominio real. Durante más de veinte años no cesó de llevar el hierro y el fuego á ese espacio cuajado de tiranías, en que los enemigos del orden y de la familia reinante, el rey de Inglaterra, el conde de Blois, el rebelde Esteban de Garlande no dejaron nunca de encontrar cómplices. El castillo de Neauphle, tomado y destruido en castigo de los excesos de Pedro I, señor de Maule; las fortalezas de Montlheri, Chevreuse, Rochefort, Châteaufort, Corbeil, arrebatadas á Guido *el Rojo* y á su hijo Hugo de Creci (1105-1118), obligado este último, sitiado en Gometz, á arrojarle á los pies del rey, á suplicarle perdón y á hacerse monje después de consentir en la confiscación de sus bienes: tales fueron los resultados de una lucha encarnizada, guerra de asedios y de emboscadas que acabó de poner de relieve aquellas cualidades de soldado de que Luis estaba dotado tan pródigamente.

La expropiación de la peligrosa familia de Montlheri, cuestión de vida ó muerte para la realza, aseguró en fin al Capeto la libertad de circular sin temor entre

París, Etampes, Orleans y Melún. La derrota de los señores del Puiset le abrió la Beauce y el país de Chartres. La de Humbaud de Sainte-Sévère (1107), la toma de Meung-sur-Loire (1103), de Château-Renard (1134) y de Saint-Brisson (1135) le facilitaron el acceso del Loira y de las lejanas posesiones de Berri. Así de un confín al otro del dominio, de la alta llanura del Oise á las fuentes del Indre, por dondequiera que se hallasen amenazados los intereses estrechamente ligados de la corona y de las iglesias, apareció Luis *el Gordo* con las armas en la mano, pronto á destruir las guaridas feudales y á hacer cesar los sufrimientos del pueblo.

Jamás soberano alguno de la Edad media prodigó con más frecuencia su valor personal. Orgullosa de su fuerza física, gustaba de la guerra por la guerra misma, sacrificando sin vacilar al placer de batirse su deber de jefe del ejército y su dignidad real. Llevó un día su ingenuidad hasta á proponer al rey de Inglaterra, Enrique I, ventilar sus diferencias por medio de un duelo que debía verificarse á la vista de los dos ejércitos sobre el puente medio derruido del Epte en los confines de Francia y Normandía. El inglés respondió con un epigrama á este desafío demasiado caballeresco. En el sitio del castillo de Mouchi, penetró Luis en el torreón incendiado y no salió sino por milagro de aquel brasero y con una afonía de que no curó hasta mucho tiempo después. En el paso del Indre, en la campaña de 1107, él fué el primero que para dar ejemplo á sus tropas se echó al río, en que el agua llega hasta la barba. En las guerras del Puiset se metió hasta lo más espeso de las filas enemigas, olvidando toda prudencia y luchando cuerpo á cuerpo con los que le venían á mano. En vano sus amigos le exhortaban á contenerse; no podía resignarse, y afrontaba, dice Suger, «con gran perjuicio de una salud ya comprometida, las intemperies y obstáculos que hacían retroceder á los más animosos y jóvenes.» Su papel militar le absorbió por completo hasta el día en que, dejándole la victoria poco que hacer y habiéndole las deslealtades desengañado, se vió obligado á entregarse al reposo, para él hasta entonces desconocido. Ganado por la obesidad, casi incapaz de moverse, desesperado de no poder satisfacer su deseo de actividad que le devoraba, decía, lamentándose, á sus íntimos: «¡Ah, qué miserable condición la nuestra, no poder gozar jamás á un mismo tiempo de la experiencia y de la fuerza! Si yo hubiese sabido cuando era joven, si yo pudiese ahora cuando soy viejo, ¡cuántos imperios hubiera sometido!»

## II.—La acción de Luis «el Gordo» en los grandes feudos

Obligar á los duques y á los condes del reino á reconocer y á obedecer la autoridad del rey, era tarea más difícil que apoderarse de los torreones de los castellanos de la Isla de Francia. Dos siglos emplearon los capetos en llegar al fin. Luis *el Gordo* intenta, sin embargo, quebrantar la independencia de algunas baronías.

En 1108-1109 un vasallo de la monarquía, el señor de Borbón, Archambaud IV, murió dejando el señorío á su hijo Archambaud; pero el tío de este último, Aimón II, llamado Vaire-Vache, se apoderó de él. Alard de Guillebaud, señor de Châteaumeillant, que ha-

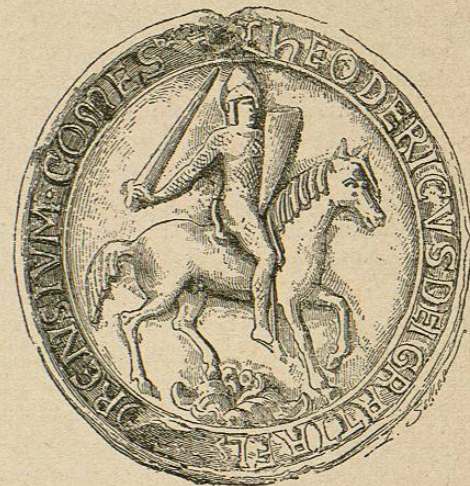
bía casado con la viuda de Archambaud IV, fué á ver á Luis VI y le pidió en nombre de su hijastro que la herencia del difunto fuese al menos dividida entre el tío y el sobrino por una sentencia del tribunal real. Hallábase el rey tanto más dispuesto á proceder contra el usurpador, que le acusó de perseguir al priorato de Saint-Pourçain, dependiente de la gran abadía de Tournus. Rehusó Aimón repetidas veces comparecer ante su tribunal, y Luis partió con un ejército para Berri y atacó la plaza más fuerte del rebelde barón, el castillo de Germigny-sur-l'Aubois. Obligado á rendirse, firmó Aimón un convenio por el cual renunciaba á todas sus pretensiones sobre las tierras de Saint-Pourçain, y acompañó á su vencedor á Francia. «Los reyes tienen las manos largas,» dice Suger á propósito de esta expedición. Se habría perdido la costumbre de ver á los capetos avanzar más allá de Sens y de Orleans.

Aumentó el asombro cuando fué Luis *el Gordo* á Auvernia á defender al obispo de Clermont, Aimeri, y á castigar á su perseguidor el conde Guillermo VI. En 1122 se apoderó de Pont-du-Château sobre el Allier, y obligó al ejército del conde, concentrado en Clermont, á abandonar la ciudad y la iglesia episcopal. En 1126 volvió con un ejército más numeroso, quemó Montferrand, y á pesar de la intervención casi inesperada del duque de Aquitania, Guillermo IX, redujo al conde de Auvernia á la paz. Esta victoria en país lejano fué de un efecto brillantísimo.

Permitió esa victoria á Luis *el Gordo* acometer una empresa aún más importante. El asesinato del conde de Flandes, Carlos de Dinamarca, le proporcionó ocasión de intervenir en el gran feudo flamenco. Solicitado para castigar á los asesinos que se habían hecho fuertes en una iglesia de Brujas, indicó á los barones y á los burgueses del país que era preciso ante todo proceder á la elección de nuevo conde. Reunidos en Arras, en presencia del rey, descartaron sucesivamente á todos los pretendientes: Thierry de Alsacia, demasiado lejano y que se contentaba con sostener por escrito sus derechos; Guillermo de Ipres, un bastardo, á quien acusaba la opinión pública de haber intervenido en la muerte de Carlos *el Bueno*, y, en fin, Balduino IV, conde de Hainaut. Este, más áspero en sus reclamaciones era quizás el más temible; fué preferido un candidato que el rey había recomendado, Guillermo Clitón, hijo de Roberto *Courte-Heuse*, pretendiente perpetuo al ducado de Normandía. Luis VI acababa de ligarle más estrechamente á su destino casándole con Juana de Montferrat, hermana de la reina Adelaida. Su elección fué confirmada por Gante, Brujas, Lilla, Saint-Omer y hasta por un gran número de ciudades flamencas que se aprovecharon de esta circunstancia para conquistar sus libertades. Luis *el Gordo* hubiera podido aún obtener un éxito mayor. Sugirióronle algunas personas la idea de dar la corona de Flandes á uno de sus hijos, pero los infantes de Francia eran aún demasiado jóvenes y pensó que sería muy difícil gobernar de lejos un pueblo tan turbulento. Le bastaba haber podido crear un conde de Flandes, que debiéndoselo todo, había de obedecerle ciegamente.

Durante la guerra hecha á los asesinos de Carlos *el Bueno* y á Guillermo de Ipres, obró el rey como soberano, casi como soberano firmó la carta de privilegio

que Guillermo Clitón concedió á sus nuevos súbditos; á su lado entró triunfalmente en las ciudades, nombró los castellanos, ejecutó y legisló con él. Los señores y los burgueses, que necesitaban de su apoyo, obedecían sin resistencia su voluntad. Clitón no fué sino su lugarteniente, el dócil ejecutor de sus mandatos. La inteligencia entre el rey y el pueblo flamenco se mantiene hasta el último acto de ese drama sangriento que comenzó con la muerte de Carlos *el Bueno*. Guillermo de Ipres, sorprendido en su propia capital, despojado de su tierra y prisionero en el castillo de Lille: los asesinos arrancados al fin de la iglesia, su baluarte, desfilando uno á uno ante los ojos de Luis VI, precipitados luego



Sello de Thierry de Alsacia, conde de Flandes

desde lo alto de la torre de Brujas; los dos más culpables, Bouchard y Bertold, muertos, el uno en una rueda, picoteado por los cuervos, y colgado el otro en una horca con un perro «que le devoraba la cara:» tal fué el resultado de la intervención armada del rey de Francia.

Cuando Luis, el 6 de mayo de 1127, volvió á tomar el camino de Arras, creía en la solidez de su obra y en la duración de la dominación establecida en provecho de Clitón. Pero el joven conde era el hombre más incapaz de sostenerse en una situación difícil. Al lado de la nobleza vivía en Flandes una clase de burgueses enriquecidos y potentes, población inquieta, pronta á desmandarse, que exigía que se la tratase con mimo extraordinario. Pues bien: Guillermo tenía la mano dura. En vez de reservar sus fuerzas para hacer frente á la coalición de los pretendientes desairados y de sus hostiles vecinos, Enrique I de Inglaterra, Esteban de Blois, Balduino IV, el duque de Lovaina, Tomás de Marle, cometió la imprudencia de enajenarse las ciudades de que no respetó los privilegios y además los barones que pretendió someter á su yugo. Lille, Gante, Brujas, Saint-Omer se sublevaron: los señores flamencos pusieron en duda los derechos del conde á la sucesión de Carlos *el Bueno*. Thierry de Alsacia compareció esta vez en Flandes á instancias de sus partidarios. Clitón, impotente para conservar el poder que se le escapaba de entre las manos, comprometió su causa con una alianza con aquel mismo Guillermo de Ipres, á quien había desposeído (abril 1128).

Habría necesitado que el rey de Francia hubiese con-